

37.

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA CATEDRAL DE MURCIA

POR EL ETERNO DESCANSO

DE LOS

Náufragos del Crucero

“REINA REGENTE”

(Q. S. G. H.)

Y DISPUESTAS POR LOS EXCMOS. É ILTMOS. SEÑORES OBISPO,
CABILDO Y AYUNTAMIENTO DE LA MISMA

PRONUNCIÓ EL DOCTOR

DON JOSÉ MARÍA MOLINA

PROFESOR DE SAGRADA TEOLOGÍA

EN EL SEMINARIO DE SAN FULGENCIO DE DICHA CAPITAL

el día 22 de Abril de 1895

CON LICENCIA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MURCIA-1895

Hijos de Nogués, Impresores



FA
19624

58121172
cb 1476436

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA CATEDRAL DE MURCIA

POR EL ETERNO DESCANSO

DE LOS

Náufragos del Crucero

“REINA REGENTE”

(Q. S. G. H.)

Y DISPUESTAS POR LOS EXCMOS. É ILTMOS. SEÑORES OBISPO,
CABILDO Y AYUNTAMIENTO DE LA MISMA

PRONUNCIÓ EL DOCTOR

DON JOSÉ MARÍA MOLINA

PROFESOR DE SAGRADA TEOLOGÍA

EN EL SEMINARIO DE SAN FULGENCIO DE DICHA CAPITAL

el día 22 de Abril de 1895

CON LICENCIA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MURCIA - 1895

Hijos de Nogués, Impresores

R. 377.528



Al Excmo. é Ilmo. Sr. Doctor
D. Tomás Bryan y Livermore,
Dignísimo Obispo de Cartagena

Excmo. Señor:

Grande es el respeto y veneración que me merece la sagrada persona de V. E., y sin embargo, el verdadero motivo que me induce á dedicarle este pequeño trabajo, es la gratitud. Por eso aprovecho gustosísimo esta primera ocasión que se me presenta de manifestarlo públicamente.

Espero que V. E. lo acogerá con su acostumbrada benevolencia.

*Soy con toda consideración de V. E.,
humilde súbdito y Capellan*

q. b. s. p. a.

José María Molina.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE EAST ASIAN LIBRARY

540 EAST 57TH STREET

CHICAGO, ILL.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3200
WWW.CHICAGO.EDU



Nomen eorum permaneat in aeternum

ECCLES. C. 39. V. 13.

Que sus nombres vivan eternamente.

Excmos. é Ilmos. Señores:

Señor Ilmo:

Señores y hermanos míos en Jesucristo:

¡Con que al fin es cierto! ¡Con que hemos tenido que dejar caer nuestras últimas esperanzas, como deja el árbol caer sus últimas hojas secas que en otro tiempo verdes lo vistieron de gala y lozanía! ¡Hemos tenido que vestir de luto la bandera española, la insignia de nuestras glorias, el libro hermosísimo donde están escritos con sangre de españoles tantos poemas heróicos! Ah Señores! ¡que pronto pasan las cosas de la tierra! ¡con qué ligereza desaparecen! Fija el hombre su vista en un objeto y no puede estar seguro de

cielo: de esta manera tal desgracia, sublimada por un dolor tan inmenso que se vuelve á Dios y lo busca y que obliga á nuestra patria á levantar sus brazos hasta Él para que la consuele, hará que los nombres de los desgraciados naufragos vivan eternamente. *Nomen eorum etc.*

De esto pienso hablaros un breve rato: en mi oración notareis muchos defectos, hijos sin duda, aparte de mi poco valer, de que ha sobrado sentimiento que impide discurrir bien, y ha faltado tiempo que hace no decir mal.

Es el dolor, Señores, una de esas cosas que cuanto más trata de penetrar y conocer el humano entendimiento, cuanto más quiere analizar, desenvolver y subyugar nuestra razón, cuando extendemos nuestras manos para cogerlo y mirarlo, más se escapa, más huye, más se esconde y más se insubordina; de tal modo, que, teniéndolo siempre cerca, nunca podemos comprenderlo: en la Historia ocupa un lugar tan alto, que lo encontramos en la primera página de la humanidad y en la última también; que lo vemos escondido bajo las áureas coronas de los reyes y enredado al tallo de laurel del vencedor; que va asociado á los pueblos y muchedumbres lo mismo cuando llevan un himno en sus labios, que la tea del incendio en sus manos; por igual cuando han llevado en sus frentes el estigma de la servidumbre, que cuando se han abrazado á los ideales de la suspirada libertad: el pecado dejó

huella de dolor en el pecho del primer hombre, y desde entonces ha costado mucho coronarse de flores, pero no ha habido una sola cabeza humana que se haya eximido de la corona de espinas: en la Filosofía de la Historia hay tantas coronas de estas que cada pensamiento y enseñanza suya es una tan grande, que abarca toda la humanidad que considera y analiza: el dolor es algo así como el aire que nos rodea y envuelve; pero, ah Señores, lo mismo que él es también necesario; que si el aire es vida para el cuerpo, es también el dolor la vida del alma, al menos, en la grandiosa y sublime misión que la divina Providencia sigue para engrandecer, dirigir y llevar á elevados fines la humanidad, que ha criado para su gloria.

En la virtud es tan grande su misión, que podemos decir, que la caridad cristiana, que es la reina de todas, no arde ni levanta sus llamas hasta el cielo sino con madera de cruz y tribulación: ah, el dolor es algo muy grande, es un abismo delante del cual se tiembla, pero que atrae; tanto, que nuestro propio corazón simpatiza con él y le rinde culto: pasareis impasible si encontrais en vuestro camino un hombre cualquiera que os parezca dichoso: no podreis, en cambio, cruzar sin descubriros delante de un mártir y es que Dios, en su altísima sabiduría é inescrutables juicios, ha hecho que en la tierra no pueda el hombre coger la misteriosa flor de la felicidad sino en el mismo tallo del dolor. Los utopistas encontrarán juveniles cabezas donde puedan levantar palacios

encantados con ideas de eterna dicha; pero esos palacios se hunden siempre á la primera lágrima de los ojos y á la primera gota de sangre del corazón: la aversión *racional* al dolor solo se explica en el hombre falto de fé divina; porque, si Señores, si el dolor se analiza solo materialmente, si se le estudia y ve destituido de su virtualidad y potencia, si se le considera sólo, aislado de sus efectos y resultados, si se le contempla en la materia y por la materia nada más, produce antipatía y aversión, y es como el agua turbia que lejos de retratar el cielo, nos vá enseñando el cieno que arrastra en sus asquerosas ondas; pero cuando el dolor se vé encarnado en los sentimientos humanos, cuando no se le mira desnudo, sino vestido con el sublime ropaje que le presta el alma del hombre, cuando le hacemos representar los más sublimes ideales que ha tenido y tiene la humanidad, entonces el dolor es algo que supera nuestra misma razón; es algo que se impone, algo ante lo que no podemos menos de doblar nuestras rodillas; y entonces, Señores, el dolor resulta sublimado y confundido con las más levantadas aspiraciones de la humanidad, que ve en él la representación genuina y natural de sus hechos y sus conquistas, de su historia y sus adelantos, de sus civilizaciones y poderíos, y tiene el dolor entonces una grandeza tan misteriosa, é infunde un aliento tan grande al espíritu que hace prosélitos por el ejemplo más que por la necesidad.

Y que os diré, Señores, cuando los senti-

mientos que iluminan y prestan su alma y ser al dolor son los grandiosos de la religión y de la patria? Ah, entonces el dolor aparece lo más elevado que es posible en la tierra; entonces no hay corazón que permanezca insensible ante él; entonces, Señores, no hay en el mundo algo que pueda competir en sublimidad y gloria con el dolor, pues sus espinas, al mismo tiempo que penetran el corazón, son otros tantos consuelos para el espíritu generoso é inmortal: y si en vez de ser uno el que padece son muchos, y sino padecen precisamente por ellos, sino por todos; si encarna en el sugeto del dolor la representación genuina y vigorosa de muchos corazones que laten al compás del mismo sentimiento, reviste el caracter de algo que es de todos, que á todos importa y esto es precisamente lo que ocurre aquí: porque sí; vosotros lo sabeis; en el dolor que conmemoramos todos tenemos algo: allí hay algo nuestro, algo de lo que no podemos prescindir: la patria tiene sus hijos, la religión sus sacerdotes, el ejército sus compañeros; padres, esposas, hermanos tienen allí pedazos de su alma, sangre de su mismo corazón, y ante esa inmensa catástrofe, cuando pensamos que no han tenido ni una mano amiga que limpie el sudor, que la agonía del espíritu, llevaba á sus frentes, cuando contemplamos que no ha habido para ellos ni un pedazo de tierra bendita de la patria donde dormir el sueño de la muerte, y que pueda ser regada con lágrimas de los que amaban, ni adornada con las flores que España tiene para los

valerosos, desfallece el espíritu; pero no, pronto se rehace y se fortifica, que si no han tenido un sepulcro de tierra en su pátria, tienen en cambio, otro vivo, cavado por el sentimiento, en cada pecho cristiano y español.

Ahora bien: yo pregunto: ante ese cuadro; ante ese dolor tan sublime y grandioso y por lo mismo duro y penetrante, qué consuelo hay en la tierra? ¿Donde volveis los ojos? ¿Con qué os consolais? porque no es esto algo ordinario, no; no venimos aquí á llorar la muerte de un héroe, que por muy grande que fuera ante la pátria y la humanidad, es solo uno, y por más influencia que ejerciera en los destinos del mundo no lleva el sentimiento vivo de tantas familias; no hemos venido á llorar la muerte de un sabio, que por mas alto que estuviera su nombre y cimentado su prestigio, muere como sabio; no hemos venido á llorar la muerte de un político eminente, ni tampoco la de un rey, ni á hacer el elogio de un guerrero afortunado, no: que al fin y al cabo, guerrero ó soberano, político ó sabio, héroe ó genio son un solo hombre y mueren en general con el aliento que dán los consuelos de muchos y el nombre que legan al mundo; aquí venimos á llorar más; bastante más; muchísimo más: venimos á llorar un pedazo de España, porque nada faltaba allí para darle ese augusto nombre, ni suelo español, ni lengua, ni leyes, ni religión, ni templo; venimos á llorar un pedazo de tierra española, pues aquel barco era siempre España, fuera de España, y lo diré en una palabra, Se-

ñores, venimos á llorar un pedazo de nuestra pátria, de la pátria, hermanos míos, que al fin y al cabo es la suma de todos los amores humanos como el cielo es la suma de todos los amores divinos.

Ved porqué es tan grande el dolor en estos momentos y tan honda la aflicción que nos conmueve y ved también porqué tenemos necesidad de volver los ojos al cielo para encontrar lenitivo á las amarguras de nuestros pechos: los ojos del buen cristiano cuando se abren para dar salida á una lágrima siempre miran al cielo y por esto el corazón cristiano, ante un dolor tan profundo que nos lleva á Dios, decreta que el nombre de los desgraciados náufragos del «REINA REGENTE» viva siempre en nuestra memoria. "*Nomen eorum etc.*"

Pero ah Señores! no está el hombre solo: no lo lanzó Dios al mundo, dejándolo abandonado y desprovisto de toda relación con Él. Dios que ha dejado en la tierra misma los vestigios de su paso y de quien todas las criaturas cantan su poder, gloria y belleza; Él que ha dejado las huellas de su acción creadora en todas las criaturas ¿no la iba á estampar en el corazón del hombre? ¿Iba á negar al orden moral lo que ha concedido á los mismos seres inanimados? Cuando el tedio y vacío de la vida nos asaltan, cuando el dolor oprime el espíritu y el sufrimiento gravita sobre él con toda su pesadumbre, ¿no se ha de levantar en el pecho humano el recuerdo de otra pátria que es el cielo, de otra vida que es feliz, y de un Padre tierno y bondadoso que es

nuestro Dios y Señor? Porque la criatura racional busca un consuelo elevado y puro, tranquilo y dulce, y sobre todo inmaterial que no ha puesto por muchos años su planta sobre la tierra cuando conoce que los placeres del cuerpo no llegan al corazón. ¿Y cómo han de llegar? Acaso puede ser escuchado el canto de la rana que se esconde en el sucio charco, por el águila que remonta su vuelo cerca del sol? Puede el espíritu, creado para habitar cerca de Dios contentarse con las migajas de placer, que recoge el cuerpo inclinado sobre la tierra? Por eso el sufrimiento nos vuelve á Dios, por eso tenemos necesidad de Él, y cuanto más honda es la pena y son mayores los suspiros y más amargas nuestras lágrimas y más desfallecido está nuestro pecho, más lo buscamos, más lo queremos, más nos unimos á Él y comprendemos al punto que la alteza de sus consuelos es tan grande como la alteza del dolor con que su Providencia y sabiduría juzga conveniente probarnos: de aquí se deduce que por lo mismo que el dolor del creyente verdadero es más fuerte por sus sentimientos y aspiraciones; y más intenso por la luz que la fé derrama en su alma como ya indiqué, es también el consuelo proporcionalmente mayor y encuentran sus amarguras un eco que llega al corazón de nuestro buen Dios que acude á su aflicción y penetra en él por la puerta de la oración: y cuando todos y cada uno, católicos y fieles hijos de la Iglesia venimos aquí uniendo nuestra alma en una sola plegaria que sale de muchos corazones ó mejor de un solo

corazón, expresada por muchos lábios; cuando nos anima á todos el mismo deseo de que Dios oiga el clamor de la pátria y acuda á su aflicción; cuando todos nos dirigimos al cielo animados de los mismos sentimientos, respirando un aire lleno de los mismos suspiros, alentados por la misma fé y firmes en la misma esperanza ¿podemos dudar de que Dios ha de escucharnos? Yo contemplo en estos instantes á un pueblo entero llamando á Dios y que tiene fija su mirada en este Padre de misericordia; á un pueblo que al ocurrir esta desgracia del «REINA REGENTE» sintió como pueblo español y hoy viene á orar como pueblo católico, que se ennoblece viniendo aquí, á caer de rodillas; porque al llorar la muerte de sus desgraciados hermanos, se revisten con la magestad del dolor y adornan su alma con un acto hermoso de caridad; veo y contemplo á un pueblo todo sin distinciones, donde todos son lo mismo, sin etiquetas de clases ni separaciones de gerarquía, á un pueblo donde en todos y cada uno solo vive en estos momentos el español y el católico y ante esta unidad de fé y de pátria, Dios ha de escuchar su plegaria y traerá sobre nosotros el consuelo divino, que es el aire que respiran los pulmones del espíritu, y entonces no podremos menos de confesar que así como hemos de conservar la memoria de nuestros desgraciados hermanos por la alteza del dolor, del mismo modo su recuerdo tambien será eterno por el consuelo que esperamos de los cielos: *Nomen eorum etc.*



Yo creo, hermanos míos, que por estos mismos dolores, y por estas mismas desgracias, tiene España el destino de las grandes naciones y sigue muy de cerca los pasos de los tipos más grandiosos que nos presenta la Historia; y aun os diré también que de los mismos que nos presenta la Religión divina: los modelos más sublimes de esta, parecen ser espejos donde se retrata la vida de nuestra invicta y heroica Nación; porque no es lo que voy á deciros ni una paradoja atrevida ni un recurso oratorio; es una verdad que pueden leer en los hechos todos aquellos que descubren la acción de la Providencia en los sucesos de las naciones: España aparece incomparablemente más grande en sus dolores que en sus glorias: Esta es la gran propiedad de todos los seres que han tenido y han realizado las más grandes acciones de la humanidad; y si no, abrid el Evangelio, recorred todas sus páginas y descended á sus menores detalles; y yo os pregunto después, ¿Cuándo os parece Jesucristo más grande? No seguramente cuando la creación entera obedece á su voz, sino allá sobre el Calvario, cuando velando su Omnipotencia y sujetándose á un afrentoso patíbulo, muere como víctima sublime crucificado por los mismos á quienes redimía. ¿Cuándo aparece María más grande á los ojos de la humanidad? No seguramente cuando á su ruego hace su Hijo milagros, sino cuando está al pié de la Cruz, apareciendo como la madre de un ajusticiado y rodeada de dolores que han salvado después á los que allí mismo eran causa de todos ellos. ¿Cuándo apare-

ce la Iglesia Católica con más sublime majestad y más invicta grandeza? Pues no es cuando ha realizado sus hermosísimas conquistas morales, sino cuando perseguida por reyes y emperadores riega toda la tierra con la sangre de sus mártires, y á imitación de su divino fundador ha llevado la Cruz á costas por el Calvario de la vida: pues bien, Señores, algo de esto le ocurre á España. ¿Es que cambiaríais vosotros la España de Pelayo, á pesar de que aparecía desecha y encarnada en un puñado de gente ruda, sin disciplina, viviendo entre la tristeza de lo perdido y el temor del porvenir, la cambiaríais repito, con la España de Witiza y de Rodrigo con todas sus galanterías y fausto y pompas y aparentes riquezas, cuando no digo ya ante los historiadores extranjeros, sino aún antes los propios, no ha podido pasar esa época de la historia española sin que escupan sobre su frente? ¿Es que cambiaríais vosotros la España de la reconquista con todos sus reveses, con todas sus divisiones, con todas sus funestas alianzas, viviendo constantemente vestida de hierro y derramando sangre, pero impulsada por la sublime idea de la independencia y de la Religión, único pensamiento que palpita en su corazón virgen y sano, la cambiaríais por la España ya reconquistada y en solo dos siglos exhausta de sus hijos y de sus riquezas, yendo á fecundar sin utilidad propia naciones y países, que si han puesto muy alto nuestro nombre, ha sido á costa de nuestra misma existencia histórica? ¿Puede ninguno que lleve sangre española en sus venas cambiar la

España de solo un día, «El dos de Mayo» á pesar de que aparece hollada por extranjera planta, amenazada su independendencia, vilipendiado su Rey y victimas todos de la ambición de un déspota, puede ni siquiera pensar en cambiarla por la España de un siglo antes, á pesar de tener su independendencia y sus Reyes, pero la que desgraciadamente tiene toda su historia reducida á intrigas cortesanas, á pequeños caprichos y en que muchas veces el noble pueblo español queda convertido en instrumento de orgullos infundados y vanidosas aspiraciones? Y más aún; puesto que un suceso desgraciado de la marina española aquí nos congrega, ¿cuándo es España más grande, en Lepanto ó en Trafalgar? Que los utilitarios y utopistas contesten, como quieran á esa pregunta; yo por mi parte confieso que me parece más grande en Trafalgar; porque en Lepanto probó que con la ayuda del Cielo sabía vencer; pero en Trafalgar demostró que sabía morir; y por muy grande, por muy hermoso, por muy divino que os parezca el laurel del héroe, no puede cambiarse de ninguna manera por la diadema del mártir. Y cuando hemos de confesar que casi todo heroísmo lleva mezcla de fortuna, nunca jamás podremos afirmar que el martirio lleve otra cosa que un valor admirable y un pensamiento más admirable todavía. Ah, Señores; que no os extrañen estas consideraciones, si yo me equivoco hay que confesar que me equivoco con razones históricas, hay que convenir en que no me equivoco solo; pues todas las demás naciones han tenido

más respeto á España en sus momentos de dolor que en sus momentos de gloria, y más han temblado en los días de angustiosa crisis histórica que en los instantes de calma y serenidad; porque yo no sé como es, pero para España cada dolor, cada pena, cada desgracia, es un nuevo aliento de vida que le infunde fé y valor, y por esta misma razón sus enemigos huyen de ella en esos momentos como huyen las fieras del bosque incendiado. Y en presencia de esta desgracia me pregunto yo mismo, ¿porqué se ha de romper la tradición española? ¿porqué este dolor que nos aflige hoy, no ha de terminar como los otros en beneficio de esta Nación? ¿va á ser esta la única excepción de nuestra historia? Tal vez esto mismo sea causa de que los que pueden y deben se apliquen á hacer la felicidad de España y resulte, por consiguiente, que el sacrificio de los desgraciados náufragos del «REINA REGENTE,» aunque tristísimo por nuestros sentimientos y cariño fraternal, sea, dentro de los juicios de la Providencia divina, en beneficio de nuestra amada Pátria, y por esta misma razón vivirá su nombre en la Historia Española. *Nomen eorum etc.*

No se me oculta, Señores míos, que sería esta ocasión oportunísima de que yo trazase, aunque fuese en grandes rasgos, la historia de la Marina española; pero ¿que fin voy á conseguir con esto? No seguramente el llevar á los que me escuchan un concepto más elevado del que ya tienen, porque todos saben que la historia de nuestra marina es tan grande que para conocer sus hechos

con todas sus consecuencias, es necesario estudiarla, no en la particular historia de nuestra nación, sino en el gran libro de la Historia universal; porque ella, semejante á esos jardines que tienen flores de tan expansivo aroma que lo mandan fuera de la cerca que les rodea, ha extendido su acción al mundo entero, y ha hecho surgir en medio de los mares nuevos mundos para gloria de la Religión y de la Pátria: ni voy á conseguir tampoco fijar la atención en su alteza y su valer, porque el mundo entero no ignora que es un rosario de perlas entrelazado á la Corona de España: lo único en que me fijo es en que el dolor que aquí conmemoramos es muy grande por lo mismo que hiere directamente á tan grande institución; y si no ved el modo. No me atrevo á describir la situación exterior de los desgraciados náufragos del «REINA REGENTE;» ¿quien no puede pintar en su imaginación la desencadenada lucha de todos los elementos, las titánicas fuerzas que imprime al hombre la desesperación ayudada de la ciencia y del espíritu valeroso, el combate empeñado entre la furia de la naturaleza, por una parte, y el amor á la vida por otra, entre el mar que obedece con su gigante poderío á sus inmutables leyes y el hombre que se propone vencerlo?

Es esto, Señores, un drama siempre antiguo y siempre nuevo, que se concibe mejor que se explica, que se siente y no se llega á entender, que se sufre y no se llega á explicar; así es que saltando por encima de todos los peligros, de

todas las desgracias y de todos los sufrimientos físicos de nuestros desgraciados hermanos, quiero llevaros en espíritu á su mismo lado. Dejemos que breme la tormenta, que levanten montes de espuma las embravecidas olas, animadas por el vendabal; despreciemos el silbido del viento, los horrores de la mar, la soledad y el desamparo entre el cielo y la tierra, el desaliento físico de los náufragos y la calma de su impotencia; despreciemos, repito, todo esto y venid conmigo, vamos á asistir á otra tempestad mayor, á la tempestad del espíritu, donde las olas son de ideas y de recuerdos y el vendabal los amores desencadenados; si, venid, vamos á descender al corazón de cualquiera de los náufragos; ¿que pasa allí?

Ni el mismo que los sufre podría decirlo; conoce que se encuentra allí por la obediencia que debe á su Pátria, por la fé que tiene en Dios; que aquella ha de llorar su muerte como la de un hijo querido y ésta ha de bendecir su memoria como de quien muere por la virtud; que aquella perpetuará su nombre grabándolo en su propio corazón, y ésta levantará su oración hasta los Cielos pidiendo perdón para el que vé la eternidad delante de él; pero, ah Señores, estos motivos que hacen sublime el martirio y digno de respeto un nombre, no quitan el dolor humano; porque si, para él va á morir todo: ni verá ya más el cielo cubierto de estrellas, ni la tierra poblada de flores, ni podrá oprimir entre sus brazos á los seres queridos de su alma; en la tierra al menos todo muere para el que muere, y así es que no

llora como nosotros la muerte de uno solo, sino que para el que va á morir, son tantas las muertes, cuantos son los lazos que unen su corazón á la Pátria donde ha vivido; no es una su muerte; no; sino tantas, cuantos son sus amores, sus recuerdos, sus esperanzas é ilusiones, y sufre en un instante todas esas agonías que nadie comprenderá jamás, porque nadie ha sabido contarlas; venid; penetrad más aun; tiene en frente la eternidad incierta, y la vida entera que ha pasado, como puerta para penetrar en ella; y más todavía: su martirio es sin gloria; ni nadie lo alienta ni nadie recoge su última palabra. Siendo tantos, todos están solos; solos con sus recuerdos; y cada cual, con la escitación inmensa que produce en el alma el amor que no se ha de conseguir, vé cruzar en su escitada fantasía las imágenes de las personas queridas, aquel pobre hogar donde espera una esposa, una hija ó una madre, y se renuevan y se suceden con más furor y más fuerza que las olas de la mar, recuerdos y recuerdos, imágenes é imágenes, sitios, personas y cosas que cada una contiene un pensamiento que lo liga á la tierra; una esperanza que mira destruida; y cuando considero que muchos son murcianos, tal vez amigos y compañeros de los que hoy venimos á pedir por ellos, no puedo menos de preguntarme; ¿no habría en alguno de ellos un recuerdo para Murcia? ¿No cruzaría por la imaginación de cualquiera un pedazo de nuestra hermosa huerta, la imagen de la torre á cuya sombra nació y pasó su niñez, ni brotaría de sus lábios en demanda

de socorro un hermoso nombre; el nombre bendito de nuestra patrona la Virgen de la Fuensanta?

Por si es así, contestemos nosotros á ese nombre con nuestra oración, único lenguaje que se escucha desde los cielos; pensemos que si los suspiros que se escapan de su afligido corazón pudieran verse, los veriamos seguramente más espesos que las gotas de la lluvia, caer sobre el mar, menos amargo indudablemente que todos ellos; pensemos que si de un pecho tan abatido esos suspiros salen con dirección, muchos irán al cielo, bastantes á la tierra y no pocos hubieran terminado por herir algunos corazones de los mismos que me están escuchando. Nosotros no tenemos detalles de como murieron estos desgraciados náufragos, pero siendo católicos y españoles, hemos de creer que en su último instante llevarían fé cristiana en su alma y el bendito nombre de la pátria en sus labios, y seguramente, más que abrazados con las ondas del mar, que les ha dado un sepulcro tan grande como sus corazones, caerían abrazados con las imágenes de los santos y dulces amores que Dios premia eternamente: Ah, hermanos míos; cuando cruza ante nosotros la imagen de una desgracia tan inmensa ¿tiene algo de particular que yo os pida una plegaria por el alma de nuestros hermanos y un consuelo para la Pátria que es su madre y madre nuestra? ¿No sería extraño que se borrara la memoria de los desgraciados náufragos del «REINA REGENTE»? Ved porque deseo que eternamente vivan. *Nomen eorum etc.*

Cuando delante de nuestros ojos se desarrollan sucesos de más ó menos importancia para la sociedad, ó nos afligen desgracias de más ó menos trascendencia, puede distinguirse á primera vista quienes los observan y estudian con un criterio puramente humano y natural, y quienes los contemplan con un criterio de fé y los enlaza de una manera admirable con nuestros destinos inmortales. Tienden los primeros á esplicarlo todo y analizarlo todo por medio de la ciencia, y al menos, aun concediéndoles que sus afirmaciones sean ciertas, resulta su análisis incompleto; si roza la inteligencia, en cambio no penetra jamás el corazón ni tampoco impulsa la vida del espíritu; con este criterio jamás se levantan del polvo y de la materia, haciéndose semejantes al pájaro que no puede volar porque tiene cortada un ala; los otros en cambio, sin destruir las afirmaciones de la ciencia, ven la acción de Dios y de su Providencia divina influyendo en los destinos de la criatura, y consolidan cada vez mas las relaciones que tenemos con el cielo, y presentan un refugio á nuestro corazón y á nuestras aspiraciones: cuando el acontecimiento es una desgracia, como en el caso presente, los primeros buscan siempre una causa culpable sobre quien descargar sus iras y sentimientos; al paso que los segundos, sin excluir la responsabilidad, miran el suceso en la voluntad divina; de donde resulta, que solamente para estos existe el consuelo que viene de Dios; ved porqué deseo que en este dolor y en estos instantes dirijais vuestra mirada á los cielos y no

la aparteis de allí, y que veais esta triste desgracia en los altos y elevados fines de nuestro Dios, que á las veces hiere aquello que más ama. ¿Porqué no ha de ocurrir esto con nuestra católica nación? ¿No son á veces las mejores hijas quienes más llevan el peso de las penas de una familia? ¿Que sabe el hombre del efecto de las cosas, ni que responsabilidad tiene de él, cuando Dios no lo ha puesto en su mano? ¿Puede el hombre buscar entre la multitud de medios que pueden llevar á un fin aquel que de hecho lo realice? Ah, Señores, solo sabemos esto en la realización de nuestro fin último, y es por que el Señor misericordioso se ha dignado revelarlo. Si buskais consuelo para vuestros corazones y beneficio verdadero para nuestros desgraciados hermanos, no lo busqueis fuera de la Iglesia Católica; no vayáis á buscar agua que apague vuestra sed fuera del único oasis que Dios ha puesto en el desierto de la vida. ¿Pues qué? ¿No sería una ingratitud tambien que España buscara sus consuelos fuera de la Iglesia Católica, su única protectora y su única madre? ¿Acaso han vivido separadas alguna vez, ni la historia de nuestra nación puede explicarse sin la historia de la Iglesia? ¿Quién puede dar vida á la rama separada del tronco? Ah Señores, yo no puedo comprender como quieren separar á España y á la Iglesia. ¿Quién ha infundido en nuestra nación los gérmenes de su civilización y derecho, ni el aliento que la ha impulsado en las acciones más heróicas y levantadas de su historia? ¿Cuándo la Iglesia Católica ha dejado



de mirar como propias las penas de España, y de ella misma sus alegrías? Esto que hacemos hoy, es lo de siempre: ¿Sufre España? Pues bien, España acude al Templo Católico y cuando levanta sus brazos al Padre de las misericordias, confirma una vez más sus creencias y su historia, y ojalá, hermanos míos, que nunca la separen de la Cruz y del altar que en ella se levantaron en hora nunca bastante bendecida. Y decidme: Si España no viene aquí ¿dónde va á ir? ¿Qué va á encontrar en estos instantes para llegar hasta sus mismos hijos á quienes llora? ¿Puede encontrar en los utopistas de la ciencia de hoy un camino más breve y más hermoso que el que le ofrece la Iglesia Católica? ¡Ah! bien sabeis vosotros que la Iglesia y solo la Iglesia es la que tiene doctrinas consoladoras y medios admirables para poner en relación los vivos y los muertos; bien sabeis vosotros que ella y solo ella es quien llama sueño á la muerte, dándonos la esperanza de ver á nuestros hermanos al despertar; y bien conoceis al mismo tiempo que únicamente la Iglesia Católica tiene en su mano el hacer llegar hasta los muertos, los amores de los vivos, trasformándolos en oración que consuela y en sufragio que alivia; por eso, por eso viene España hoy al templo cristiano, por eso se une al sacrificio que por sus desgraciados hijos ofrece la Iglesia Católica; por eso, finalmente, se pone de rodillas ante el Altar y la Cruz que, más aún que la espada, son los signos de su gloria.

¡Dios mio, Dios mio! Tú que tienes en tu

mano lo mismo el destino de las Naciones que el del individuo; Tú que sabes levantar á las sociedades desde el polvo más vil á los esplendores de la gloria; Tú, Dios mío, que puedes y sabes hacer brotar la vida del seno de la muerte, y la misma felicidad de lo más hondo de la desgracia, dignate volver tus ojos á la nación española que te llama en su aflicción; acuérdate, Señor, que te llama quien ha sido siempre hija tuya, y que si ha tenido pecados, como nación entera no ha tenido jamás una traición para Tí; que si su inteligencia alguna vez ha estado herida, su corazón ha permanecido sano, y que si en algunos momentos te ha ofendido, le ha faltado tiempo para derramar lágrimas á tus piés; no te apartes de esta nación ahora que lleva luto en su alma, y cuando te dirige una súplica por sus desgraciados hijos, y consévala siempre grande, teniéndola de rodillas ante Tí.

Excmos. é Ilmos. Señores, Señor Itmo. Señores y hermanos míos: unas pocas frases para terminar: soy español, y como español, amo á mi patria; pero ante todo soy sacerdote católico, y como sacerdote católico debo decir desde este sitio la verdad que pienso y creo. Hace algunos años que unos cuantos que se llamaban hijos de España, como pudieran llamarse otra cosa, se empeñaron en desgarrar y de hecho desgarraron la blanca y hermosa túnica de la unidad católica que vestía y adornaba nuestra nación: se empeñaron en arrancar, y de hecho arrancaron de nuestro suelo el árbol místico que ha dado á Es-

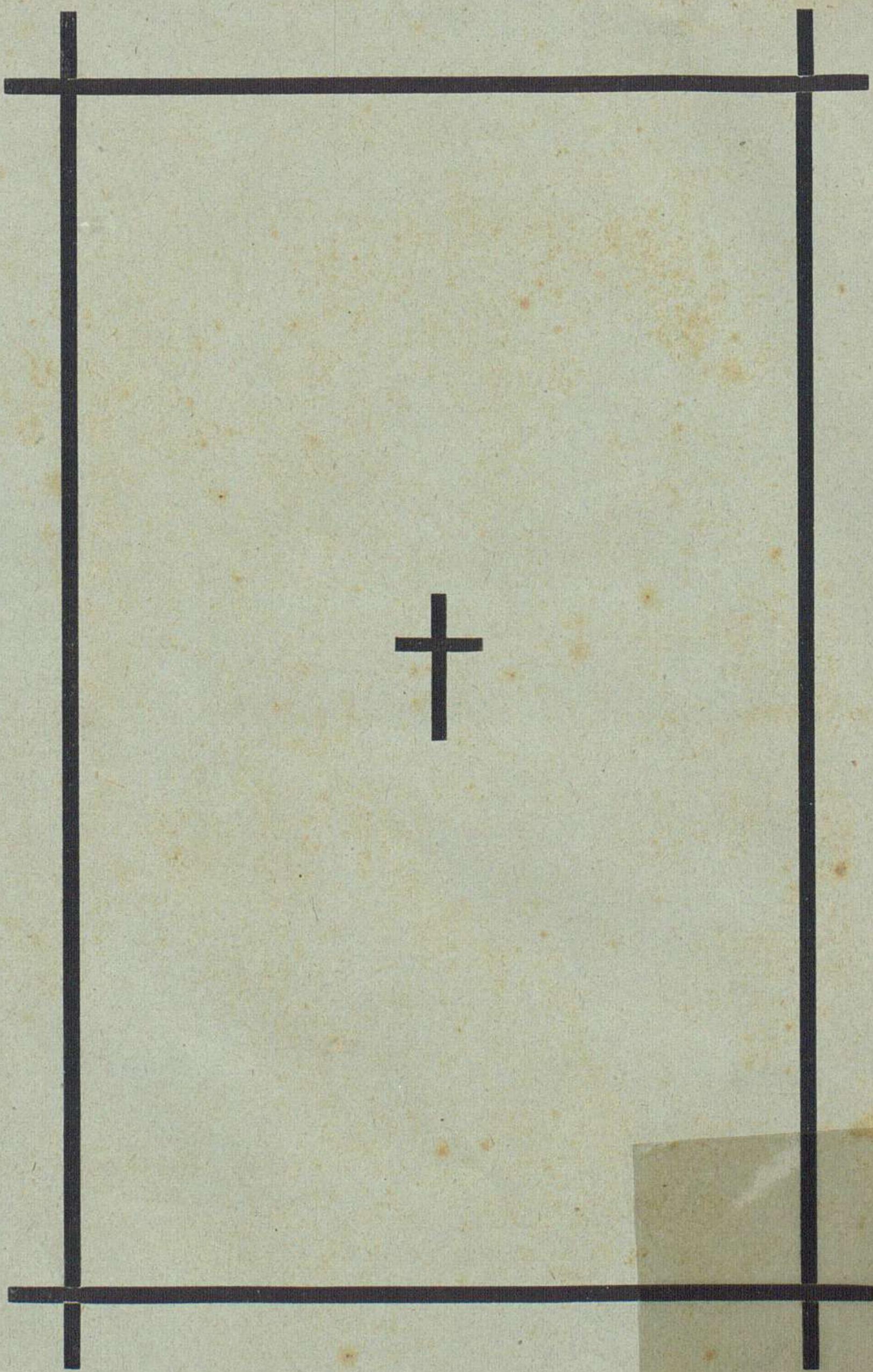
paña siempre fruto conque alimentar sus hijos y flores para coronar sus glorias: se empeñaron en secar, y de hecho secaron la cristalina y purísima fuente donde apagaba la sed de su corazón: ahora bien: yo sé que Dios castiga á las sociedades lo mismo que al individuo, y en presencia de esta desgracia que hoy lloramos y de otras muchas que pesan sobre nuestra infortunada nación, como todos sabeis, no puedo menos de preguntarme *¿Será esto aquello?.....* Yo no lo sé: solo sí deseo que si España está destinada á subir al Calvario y consumir su sacrificio, que este sacrificio sea fecundo en nueva vida para todos sus hijos. Que el Angel Tutelar de España alcance de Dios omnipotente paz á los vivos y eterno descanso á los muertos.

HE DICHO:





NOTA DEL AUTOR. Tal vez en algunos párrafos de esta oración notará el lector alguna frase poco exacta ó alguna idea atrevida: á pesar de conocerlo, he querido escribirla así para que sea fiel, en cuanto es posible, á lo que en el púlpito dije casi improvisado, por la falta de preparación, como es público.



FA
19